

Claveles blancos para Bonilla

Rosa Alvares Hernández

Cuento ganador en 2018 de la XVIII edición del Concurso de Tanatocuentos de la revista 'Adiós Cultural'

“¡Niñas, por favor, dejad de saltar! ¿No veis que estáis pisando a alguien que está ahí enterrado?”. La regañina de mi madre nos dejó absolutamente horrorizadas. ¿Cómo íbamos a pensar que aquel trozo de tierra, sin lápida ni cruces, daba cobijo a un muerto?

Estábamos acostumbradas a ir al cementerio de La Almudena a menudo. Desde mediados de los años sesenta, el abuelo Jesús y su madre, la bisabuela Epifanía, ocupaban una coqueta sepultura presidida por un cristo de Medinaceli, verdadero ídolo de masas en mi familia.

Coqueta, sí; ya sé que el término puede chocar, pero así es como mi abuela Luisa mantenía la sepultura, con la colaboración de la tía Luisita y de mi madre, Carmen. El “chalecito”, como solíamos referirnos a ella en la intimidad, era una tumba de piedra caliza, de esa que con el paso de los años y las inclemencias del tiempo cría una pátina de musguillo difícil de eliminar.

Por eso, las mujeres de mi familia se empeñaban en mantenerla limpia “como los chorros del oro”, siendo habitual la visita al camposanto cargadas de un cubo, un cepillo de raíz y trapos para secarla en condiciones. ¡Que la última morada del abuelo Jesús, que había sido un bon vivant, no fuera menos que la casa familiar en pleno barrio de Salamanca!

Nos acostumbraron desde niñas a visitar a nuestros mayores desaparecidos como si, en realidad, siguieran vivos, solo que en otro hogar menos céntrico, más campestre y, sobre todo, con unos vecinos que no daban ni un ruido. ¿Que era el cumpleaños de nuestro patriarca?

Pues allí estábamos, a llevarle un ramo de claveles. ¿Que era el día de Todos los Santos? Pues allí estábamos, dispuestos a rezarles un padrenuestro y a pedirles, eso sí, que nos esperasen allá donde estuviesen muchos años. ¿Que mi padre estrenaba coche? Pues allí estábamos, para mostrárselo a nuestros muertos, como si esperásemos que nos dieran sus bendiciones y, como intercesores ante San Cristóbal, evitaran dramáticos accidentes. Daba igual que cayeran chuzos de punta, que el termómetro alcanzara los 40 grados o que la primavera invadiera el cementerio con flores silvestres. Los Alvares siempre estaban dispuestos a acudir al chalecito para contarles –a veces, en sentido estricto del término; otras, sin palabras– el devenir de nuestra existencia.

“¿Cómo va a haber un muerto al lado de los abuelos? Pero si no tiene lápida ni cruz...”, gritamos mi hermana Chus y yo que, antes de recibir la regañina materna, acabábamos de merendar un bocata de Nocilla sentaditas, con las piernas colgando, en la tumba familiar. En nuestra mente infantil, no nos cabía la idea de que alguien pudiera estar enterrado así, sin tener siquiera una losa en la que pudiéramos leer su nombre. Un cadáver sin DNI, sin nadie que recordara su memoria, sin una triste flor que alegrara aquel túmulo de tierra yerma. Con el paso del tiempo, me enseñarían que la muerte nos iguala a todos. Pero nunca lo creí: siendo nosotros una sencilla familia de clase media, nuestro chalecito era un agravio comparativo con la última morada de nuestro anónimo vecino. ¡No había derecho! Y así fue como, a partir de aquel día, cada vez que acudíamos al camposanto para rendir tributo a mis abuelos, Chus y yo reservábamos algunas flores del ramo para ese desconocido al que, lejos de tenerle miedo, le cogimos verdadero cariño.

Soy incapaz de recordar cuándo fue. Quizá ya había muerto mi tío Giuseppe, incluso la abuela Luisa, quienes pasaron a “estar empadronados” en nuestro hogar de La Almudena veintitantos años después de inaugurarlos. Pero allí estaba: una sencilla cruz de forja pintada con Titanlux en negro brillante, una cruz que parecía de segunda mano, clavada en la tierra que cubría a nuestro vecino sin ninguna gracia, torcida... y con una leyenda escrita con pintura blanca. “R.A. Bonilla. RIP”. Nada más. Sonreí. Por fin, sabíamos algo de nuestro amigo.

Bonilla... Alguien se había acordado de él, alguien le echaba de menos, alguien le pondría ahora una lápida en condiciones y le llevaría flores frescas por Todos los Santos. Pero nos equivocamos.

Aquel vecino, fascinante para mí, siguió siendo nadie para quienes le conocieron, si es que todavía quedaba alguien que hubiera mantenido trato con él. Y mi hermana y yo continuamos con nuestra costumbre infantil de ponerle las mismas flores que a los nuestros y de rezarle, como a ellos, su consabido padrenuestro.

A lo largo de todos estos años, hasta llegar a mi madurez, he imaginado cómo sería Bonilla cuando aún se paseaba por el mundo de los vivos. ¿Sería hombre o mujer? ¿Habría nacido en Madrid, como todos los Alvares, o vendría a la capital para buscarse una vida mejor, como tantos otros? ¿Tendría un carácter bonachón y divertido o se comportaría, más bien, como un cascarrabias? ¿Amó a alguien que se marchó de su lado sumiéndole en una terrible tristeza?

¿Fue un mal padre, y sus hijos no quisieron ni reconocerle con una lápida? También me he preguntado con quién de sus vecinos de la derecha se llevaría mejor, ¿con la apabullante abuela Luisa?, ¿con el disfrutón abuelo Jesús?, ¿con la dulce bisabuela Epifanía?, ¿con el cosmopolita tío Giuseppe? ¿o con los últimos en llegar al chalecito, mi tía Lola y, más recientemente, mi padre, Pepe? Fuera como fuera Bonilla, nadie merece el olvido; nadie merece que, en su tumba, aunque sea un cúmulo de tierra yerma, nadie ponga una flor.

Hace casi un mes que Chus y yo regresamos a La Almudena. Hacía un calor de muerte. “¡No hay ni un alma!”, bromeé con mi hermana que llenaba un cubo de agua en la cercana fuente para limpiar el chalecito. Con los años, entre todos pagamos una nueva lápida. De mármol gris oscuro. Con letras en bronce para componer los nombres y las fechas en las que se fueron los nuestros. “No os olvidamos”. Y con un nuevo cristo de Medinaceli cuidando de la familia que allí descansa o que, al menos, eso nos gustaría pensar... Chus y yo no nos atrevemos a sentarnos en la lápida a merendar. No porque lo consideremos una falta de respeto (¿cómo va a serlo si se trata de la casa de aquellos a los que aún seguimos amando?), sino por el qué dirán los escasos vivos que visitan las tumbas próximas. ¡Como si a estas alturas nos importara! Miré la de Bonilla. La cruz, aún más torcida y ya oxidada. Los ladrillos rojos que bordean su perímetro, rotos. “Pero ¿qué te han hecho, Bonilla?, ¿qué te ha pasado?”, dije mirando la tierra yerma mientras recolocamos como pudimos aquel desaguisado. Al lado de la tumba familiar, aquella parecía la entrada de servicio de cualquier casa bien del barrio de Salamanca. No, la muerte no nos iguala. Aunque, por una cuestión de justicia social, nos gustaría que así fuera...

Tras poner flores a nuestros muertos (¡incluido Bonilla!), saqué una foto del chalecito y de su adosado. Lo que me interesaba era rescatar la dirección de ambas: el cuartel, la sección, la letra. Sí, ya iba siendo hora de descubrir quién era Bonilla. Llamé al cementerio para preguntar, y me hicieron rellenar un impreso para obtener los datos. Casi medio siglo después, estaba a un paso de saber algo más de nuestro vecino... Ha pasado algo más de una semana.

Hoy, en la bandeja de entrada de mi Gmail, hay un inquietante mensaje. Es del ayuntamiento. Asunto: Información solicitada. Sepultura 217. 68. A. Siento un escalofrío. Por fin, voy a saber qué nombre se oculta detrás de las iniciales R.A., voy a saber si durante los últimos casi 50 años he puesto flores y he rezado a un hombre o a una mujer. Algo se revuelve dentro de mí.

¿Qué más me da, qué importa quién era Bonilla? ¿Acaso no me basta con dedicarle un rato cada vez que visito su tumba que, a fuerza de la costumbre, ya es un poco mía? No lo dudo ni un momento: marco el mensaje y, sin leerlo siquiera, lo mando a la papelería. No quiero descubrir nada más de Bonilla. Lo que sé de él o de ella es más que suficiente. Sonríe. La próxima vez que vaya al chalecito, le llevaré claveles blancos. No sé por qué, pero tengo la sensación de que podrían haber sido sus flores favoritas.